

EL MERCADO DEL MIEDO

El cielo había amanecido gris y triste, el sonido de las bombas aún retumbaba en sus oídos, ¿Cuándo terminará este infierno? Se preguntaba Sana cada mañana al abrir los ojos, miraba a un lado y veía que su marido ya se había marchado – y hoy ¿volverá? Aquella era la pregunta que iba asociada a cada despertar.

Se levantó de la cama y se dirigió a la habitación donde dormían sus dos hijas, había dejado a la más pequeña durmiendo en su habitación. Zora era la mayor, tenía 7 años y como todas las niñas de su edad era inquieta, parlanchina, sociable, cariñosa... empezaba el día siempre con un gran sonrisa, suerte que aún no se daba cuenta o no quería darse del infierno que tenían alrededor. Larissa tenía sólo 5 años y le encantaba imitar a su hermana, pero ella era mas callada, mas retraída y no le gustaba mucho la gente.

Era difícil en aquél día a día ir al colegio y más aún siendo una niña pero Sana seguía con su rutina, sus hijas tenían que formarse, tenían que aprender a ser alguien en la vida, y lo único que podía hacer era normalizar lo máximo posible la situación que vivían en el país en ese momento.

Salir a la calle se convertía en una odisea, en aquellos tiempos nadie era fiable, cualquier lugar podía ser el último, pero ¿qué podían hacer? Tenían que vivir, o al menos intentarlo.

Lo que Sana no sabía cuando dejó a sus hijas en el colegio es que aquél iba a ser uno de los peores días de su vida, que en aquel momento su vida cambiaría para siempre, quizá si lo hubiese sabido, se decía más tarde, hubiese cambiado algo, pero no...

Volvió a casa con la pequeña Ayla de dos años y comenzó sus tareas diarias, tenía que entregar varios trabajos aquel día, cuando miró el reloj pensó que sus hijas no deberían tardar en llegar, pero... los minutos pasaban lentos muy lentos ahora que la hora de llegada había pasado y aún no estaban con ella, y seguían pasando... y de pronto unos golpes en la puerta la sobresaltaron. Allí, tras la puerta de entrada, había una señora con su hija Larissa y ¿Zora? – Larissa ¿Dónde está tu hermana? – preguntó. Pero la pequeña no contestaba, solo se agarró a sus piernas y lloró, lloró y lloró sin parar. La señora que había traído la niña a casa, le contó a Sana que la encontró vagando por los alrededores del colegio llamando a Zora con desesperación.

¿Dónde estaba su hija? Zora era inquieta, parlanchina pero era una niña muy responsable, en aquel país y en los momentos que le había tocado vivir, no le había quedado otra que crecer antes de tiempo, ella era la encargada de cuidar a sus dos hermanas cuando Sana y su marido tenían que salir a trabajar, ella, si, ella, una pequeña niña de 7 años tenía que ejercer de madre, preparar comidas, cuando tenían algo que llevarse a la boca, baños, casi siempre de agua fría, y a dormir, dormir en aquellas mantas que cubrían el frío suelo de una ruinoso habitación llena de trastos viejos.

Pasaban las horas y Zora no aparecía, en la mente de Sana, aunque no quería, porque necesitaba negárselo, se iba asentando la idea de lo que había pasado, no era la primera vez, lo sabía, ocurría casi todos los días, pero... Zora solo tenía 7 años, era una niña, era su niña, pero Sana sabía que si las horas seguían pasando y Zora no aparecía no había otra razón, su hija había sido secuestrada como tantas otras niñas, día tras días en ese, ya ruinoso, país.

Y las horas se hicieron noche, y tras la noche llegó un nuevo amanecer, gris y mas lamentable y triste esta vez, las noticias sobre Zora no llegaban, su padre y el resto de familiares habían pasado la noche buscándola, lo que se había convertido en otra preocupación porque los bombardeos eran mas seguidos en la noche. Pero no había duda, su hija no iba a aparecer, lo sabía, ella lo sabía...

Los días pasaron y aunque pueda parecer increíble la vida seguía su curso, aunque su vida, la de Sana y su esposo ya no tuviese sentido, el mundo seguía girando, sus otras dos hijas necesitaban comer y seguir la vida. Con mucho esfuerzo Sana se levantó y cogiendo a sus pequeñas, se preparó para salir al mercado. Desde el secuestro de Zora se había negado a volver a llevar a Larissa al colegio, tenía miedo, mucho miedo de que le quitasen también a Larissa como le habían arrebatado a Zora. Con el cuerpo pesado por la pena y la desesperación del no saber, Sana caminó al mercado, cuando estaba frente a un pequeño puesto de verduras, miro al otro lado, como si sintiese que alguien la estaba llamando, - Mamá, Mamá - escuchó de pronto gritar a Larissa - es Zora, mamá, está allí. Sana miró nerviosa donde su hija pequeña le indicaba y con Ayla en brazos y Larissa de la mano corrió hacia el lugar donde su pequeña Zora se encontraba, pero algo la detuvo de repente, el miedo, el horror dibujado en los ojos de su pequeña, Zora era pura alegría, sus ojos siempre brillaban de felicidad y estaban apagados, solo dejaban ver el miedo. Y cuando pensó que por fin podría llegar hasta ella, el mundo se detuvo, todo se volvió negro alrededor, el mercado había pasado de ser un lugar bullicioso, donde las gentes iban de un lugar a otro, que rebosaba vida, a un lugar que olía a muerte, desesperación, gritos ahogados, lamentos, llantos desesperados... Sus niñas, dónde estaban sus niñas, tenía que encontrarlas, sacarlas de ese lugar, si, tenía que llegar a casa con ellas y ponerlas a salvo, pero... no podía moverse, levantó la cabeza y frente a ella, allí, donde había encontrado por fin a su hija Zora no había nada, solo trozos de la túnica y el pañuelo azul que llevaba, su niña ¿dónde estaba su niña? Al mirar a su lado vio el cuerpecito de Ayla que se removía con un llanto desesperado, el cuerpo de Sana había protegido de la explosión a la pequeña Ayla, una explosión que había provocado su hermana, y ¿Larissa? ¿dónde estaba? De pronto recordó algo, justo antes de la explosión Larissa había salido corriendo para alcanzar a su hermana Zora y ahora su pequeño cuerpecito "dormía" para no despertar jamás junto a lo que había quedado de su hermana. En un segundo, en tan solo un segundo, Sana había pasado del mejor de los sueños por recuperar a su hija mayor a la peor y mas tenebrosa pesadilla que se había llevado con ella a sus dos hijas.

Como pudo se levantó, con un llanto desesperado y estremecedor por el dolor del cuerpo y sobre todo del alma, cogió en brazos a la pequeña Ayla y lanzando un beso al lugar dónde estaban sus hijas se marchó a casa, al llegar, sin esperar si quiera que su

marido estuviese de vuelta, cogió las pocas cosas que tenía y que podían servirle para mantener a la pequeña Ayla y se marchó, se marchó buscando una vida nueva para Ayla, porque la suya..., ella ya no tenía vida, su vida había quedado perdida en aquella plaza de mercado junto a sus dos hijas, pero Ayla... Ayla se merecía una vida de verdad, por ella y por sus dos hermanas y lucharía con uñas, dientes y garras por darle a su hija pequeña todo lo que no habían podido vivir las dos mayores.

Sana caminó y caminó sin descanso con su pequeña hija en brazos hasta encontrar a aquella gente que le habían dicho que podría ayudarla a llegar hasta su nueva vida, una vida para su pequeña, una vida de verdad. Les entregó todo lo que tenía, todo lo que con el esfuerzo de muchos años habían ahorrado para que sus hijas, esas que ya no estaban con ella, tuvieran un futuro mejor y le prometieron un lugar en la siguiente lancha que la llevaría a un país mejor. Pero... la travesía no era lo que le habían contado, el frío se calaba en el cuerpo y se congelaba hasta el tuétano y su único afán era abrazar y abrazar a su pequeña para darle calor, después de, no sabría decir cuántas horas o días una luz a lo lejos la hizo levantar la mirada, la agarraron para ayudarla a bajar de la barca e intentaron coger a la pequeña Ayla, pero Sana no quería separarse de ella, no permitiría que le arrebataren también a su pequeña, con palabras dulces consiguieron calmarla y les dejó a la pequeña para que pudiesen tratarla y hacerla entrar en calor.

Pero al ir pasando los días Sana pudo comprobar que lo que creía que iba a ser su sueño y sobre todo el de su hija, no era más que una nueva y diferente pesadilla.

El frío volvía a calarle hasta los huesos, el barro lo cubría todo a su alrededor porque la lluvia no cesaba en ese eterno invierno que parecía no tener fin, su hija noche tras noche lloraba de miedo y frío y ella en silencio la acompañaba porque se sentía indefensa y sobre todo fracasada, no había podido salvar a sus dos hijas y ahora tampoco podía salvar a su pequeña Ayla.

Pero por suerte esta historia, al contrario que la mayoría de las que día a día suceden en este mundo imperfecto tuvo su final feliz, llegó una mañana en la que Sana pensaba que ya no podía más, que sus fuerzas se agotaban, aquel día llegaron hasta ella un grupo de personas que de forma desinteresada le ayudó a comenzar una nueva vida, porque Ayla se merecía un futuro, un lugar donde crecer lejos del horror, del sonido de las bombas como nana para dormir, del miedo a acudir al colegio porque quizá un día no podías regresar y sobre todo del miedo de acudir al mercado y no volver jamás como había ocurrido con sus hermanas.

Hoy Ayla crece feliz junto a su madre, que lucha cada día por no rendirse y dejarse ir, para estar junto a sus pequeñas, pero cuando ya no puede más mira a Ayla y sabe, que por ella, debe y necesita vivir.